

PRESENTACIÓN

Aunque Nicolás Guillén no ha dejado de estar presente en las páginas de Islas, es la primera vez que se le consagra un número completo. Como es evidente, no queremos dejar escapar la ocasión que nos ofrece el centenario de su nacimiento, si bien lo decisivo es que el poeta es un clásico de nuestras letras y, por tanto, un valor fundamental de la cultura nacional.

En lo que respecta a esta edición, tal vez lo más importante no sea el conjunto de artículos y notas que hemos logrado reunir, con todo y lo aportadores que puedan ser, sino el ademán que implican: el acto de contribución e impulso a una nueva etapa de lectores y, por consiguiente, de lecturas. Como todo clásico, Guillén ya no está sujeto al azaroso vaivén de las tendencias, las modas y los galardones. No siempre estará en la superficie —porque tal es una de las potestades de los clásicos—: puede permanecer oculto, quizás sumergido por algún tiempo, pero siempre inmediato como cimiento esencial, e inevitablemente acudiré al llamado de los viejos y los nuevos lectores. Cada nueva época y cada generación hacen su antología. En la obra poética de Guillén, aun la decantación más exigente tendrá por fuerza un saldo elevado. No obstante, siempre será grato recorrer la totalidad de sus textos, tanto los más circunstanciales y pasajeros, como los más permanentes. Y la razón es que

Guillén fue, en todo momento de su escritura, dueño absoluto de la expresión poética; en este sentido, es un poeta de la fruición del lenguaje —más allá de las nociones de lo agradable, lo bonito o lo complaciente—; un poeta del canto —del son, para decirlo con el nombre de ese género poético personal que lo distinguió para siempre—, lo cual abarca, por supuesto, aun sus versos más dolientes e indignados.

En su obra convergen y se transforman en inconfundible acento único, muchos caudales, multitud de voces y resonancias. Están allí asimilados, como él mismo se encarga de recordar, los grandes y primeros maestros del idioma —Manrique, Lope, Góngora, Calderón...—; también los más próximos —Bécquer, Darío...—, y luego, la formidable apertura vanguardista, sin la cual su poesía no sería imaginable—, y lo popular, que siendo raigal y auténtico, es tanto cubano como universal: la canción, la sencilla poesía popular y sus correspondientes ambientes, personajes, sentimientos (quejas, rebeldías, deformaciones), es decir, su cultura. Sin perder ni un ápice de su acentuada marca personal, su poesía se distingue por la amplia diversidad de registros (en ello muy pocos se le acercan): la muy natural gracia popular, el lirismo purísimo, el elevado tono elegíaco, la sátira, el juego —parodia, comicidad—, la protesta social y política, el erotismo sensual... Su palabra no solo es una expre-

sión que reelabora las voces populares, sino que de modo concomitante expresa ideales, sueños, sufrimientos, rebeldías y esperanzas de las masas humildes, hasta su consagración en la Revolución Cubana. Poeta del tema de la cubanía, de la formación nacional, nos lega una imagen de nuestro mundo pletórica de teluricidad, sensualidad, misterio, cargada de expectante fuerza, soterrada energía y futuridad.

Los nuevos lectores que vienen acercándose, harán posible, sin duda, el enriquecimiento significativo de su obra, tal vez en aristas insospechadas. Este número de Islas cumpliría su cometido si lograra, con este conjunto de valiosos trabajos, a la vez que homenajear a nuestro gran poeta, impulsar el acercamiento inteligente y amoroso a su poesía y, en general, a toda su creación intelectual.

Arnaldo Toledo



David
Paris